

—Pues si es verdad que el hombre es la medida de todas las cosas, como dices, tú eres tres cuartos y pico de hombre, calva más o calva menos.

STRIP TEASE

Venía cansado, y eso que había ido de un lado a otro en coche, cuya puerta le habían abierto cada vez que entraba y salía; subido las escaleras en ascensores y le habían sentado siempre, siempre, en butacas mullidas, en las que se hundía, se anulaba, se relajaba y se perdía. Pero venía cansado, así que dejó el portafolios en el vestíbulo y se fue —directamente— al cuarto de baño. Se quitó la chaqueta, en su bolsillo interior iban las chequeras de los tres Bancos primeros del país, el resguardo de depósito de las acciones de Telefónica, Metro, Eléctrica del Viesgo y Siderúrgicas en General, un juego Parker de oro de muchos kilates, el lacito de la Legión de Honor y la medalluela de la Gran Cruz, un pañuelo de batista en el bolsillo interior y otro de seda mate en el exterior superior izquierdo. Luego, los pantalones con un rollo de billetes en el bolsillo izquierdo, en el que se enrollaban juntos los mejores dineros de Occidente. Puso el anillo con el diamante en la repisa y se quitó el afiler de corbata, en el que había una perla como un testículo de paloma. Se quitó la corbata inglesa, la camisa italiana y los calzoncillos nacionales. Por último, el reloj, que cantaba maitines por el coro de la cartuja de Chèvres y que funcionaba tomando energía de las conversaciones. Se quedó desnudito, como su madre lo parió, y entonces —en un impulso de pureza— decidió quitarse, aunque fuera temporalmente, la malaíva, que lo hacía duro; la so-

berbia, ante la que temblaban sus empleados; la astucia, que le había hecho ganar tanto dinero y desplazar a sus rivales fácilmente, y la licenciatura en Ciencias Económicas y Comerciales.

Se miró al espejo que cubría todo el testero y se vio como era él solo, sin nada encima, sin añadidos, escueto y verdadero. Lo que era él en sí, y se dio muchísima tristeza. Se acojonó y, con una sinceridad que era otra rareza aquella tarde aciaga, fue a colocarse en el lugar que pensó le correspondía estar, y se quedó allí, pensando en las cosas de la vida, un poco traspuesto por el placer que le producía la humildad olvidada hacia muchos años.



—¡No, noo; Ernestín, noo!

No lo dijo a tiempo y Ernestín tiró de la cadena. En la taza, una vorágine que hubiera hecho feliz al duque de Rivas y a los románticos en general, rugió entre la porcelana, giró como una fiera cabreada y arrastró el despojo. Ernestín y su madre se quedaron mirando, alelados, un buen rato.

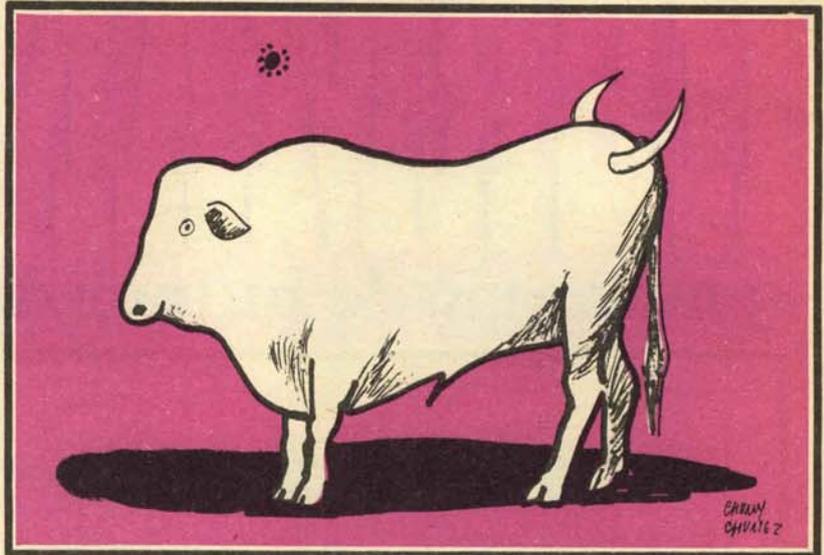
—Ernestín...; era..., era papá.

—Pero si..., pero si parecía una caca. Estaba..., y parecía una caca.

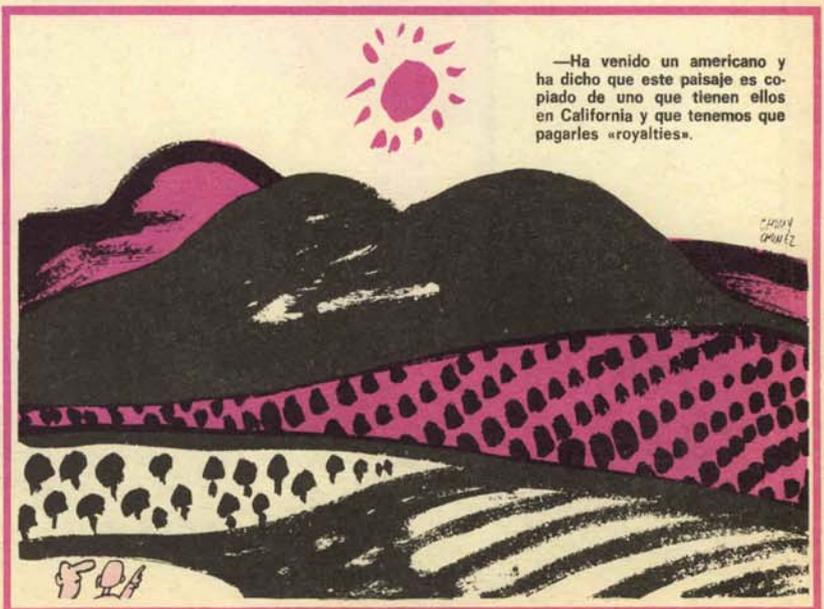
—Pues, era papá...

—¡Papá..., papaaaaa...!

El grito resonó nasalmente en el cuarto de baño. Después hubo un silencio como de diez minutos: estaban empezando a funcionar las previsiones sucesorias del Código Civil... ■ GOLIAT.



¡VENGA MANOLO!
NO EXAGERES.
¡DEJALA EN PAZ A LA POBRECILLA!
¡NO TE BASTA YA CON LO QUE LE HAS HECHO?



—Ha venido un americano y ha dicho que este paisaje es copiado de uno que tienen ellos en California y que tenemos que pagarles «royalties».

HERMANO LOBO

• SEMANARIO DE HUMOR DENTRO DE LO QUE CABE • Director: ANGEL GARCIA PINTADO • Editor: EDICIONES PLEYADES, S. A. • Redacción y administración: Plaza Conde Valle Sunchil, 20 - MADRID-15 • Tel. 224 65 72 al 77. Impresión: HAUSER Y MENET, S. A.-Plomo, 19-MADRID-5 • Dep. legal: M. 12.974-1972.